

LOS DOMINGOS
— DE —
LA NUEVA PRENSA

COSTUMBRES NACIONALES



de un hijo que ya sonríe y dice "papá" y en quien se ha depositado ese cariño especialísimo que debe profesarse sin duda á los hijos. Se trataba nada menos que de ir á ver durante toda la noche el altarcito blanco en donde estaba acostado, dormido para siempre, un niño de dos años.

Le prometí asistir, y todo el día lo pasé pensando que la ausencia total del sentimiento es la felicidad por excelencia, esa que no disfrutamos ni disfrutaremos nunca los que llevamos un corazón sensible en donde siempre hay luchas y dolores y heridas que sangran y en donde no hay indiferencia ni ese frío glacial que apaga, á su contacto, los destellos del afecto.

Llegué el primero deseoso de presenciar desde el principio aquella práctica en mí sentir inhumana y bárbara.

Al llegar á la mala casucha en que vivía Santiago, el padre del muertecito, noté que, por excepción, todo allí estaba limpio. El piso de la sala, antes lleno de grietas, había sido emparejado con tierra colorada y las paredes, recientemente encaladas, ostentaban, como gran adorno, ramas de uruca y flores de reina de la noche. En un ángulo de la pieza se veía una mesa pequeña cubierta con una sábana que oficiaba de carpeta, y encima, la caja de madera forrada en lienzo en que yacía el angelito vestido de blanco y coronado de flores de trazo muy mal hechas, con la cara abotagada, amarilla y un poco sucia, los ojos abiertos, apagado su brillo por el soplo de la muerte, las manos



juntas sobre el pecho, también sucias, y la bata que le servía de mortaja un poco recogida para que pudieran verse las primeras medias y los primeros zapatos que gastaba aquel niño, cuando ya no podía verlos, ni alegrarse de llevarlos puestos, ni echar á correr por la calle para llenarlos de polvo. El rededor de la sala estaba lleno de bancas y tabu-

retes de cuero que habían sido pedidos en la vecindad, y todo allí olía á tierra mojada y á agua florida.

Ya comenzaba á fastidiarme de estar solo, viendo entrar y salir sin descanso á una chiquilla que traía y llevaba botellas de aguardiente, cuando fueron llegando los amigos del dueño de la fiesta, mudados con sus ropas del domingo. Se acercaban uno á uno á ver el ángel, con el sombrero puesto y el cuchillo prendido á la cintura, y luego desfilaban para la cocina. Las mujeres llegaban con envoltorios bajo el rebozo y hacían lo mismo que los hombres, sin darse cuenta, ni unos ni otros, de la curiosidad con que yo observaba sus menores movimientos.

La concurrencia fué numerosa. Cuando ya todos los vecinos estuvieron reunidos, llegaron dos viejos pobremente vestidos que portaban, además del consabido cuchillo, un acordeón y una guitarra. Se sentaron junto á mí y después de ensayar un buen rato sus instrumentos, tocaron una pieza alegre, que me dijeron se llamaba "La Cajeta Boza," entre las risotadas de la gente y las bromas chabacanas y pasadas de color del jefe de la casa. Entre tanto, dos muchachitos con sendas botellas de aguardiente mistado y platos con cigarrillos y puros chircagres, obsequiaban á todos los veladores.

Después de la primera pieza, los hombres se formaron en rueda en el centro de la sala, sentados en cuclillas, y uno de ellos hizo sonar repetidas veces en el suelo un pedazo de cuero que tenía la forma de la planta del pie, graciosa señal de que comenzaba el juego del *caite*. Cuando todos estuvieron dispuestos, el portador del *caite* dió con él varios golpes en la espalda de su vecino inmediata-



to, el cual se esforzó cuanto pudo por quitárselo, —sin perder la posición adoptada al principio, pues en eso estriba el mérito del juego,—y una vez dueño de él, la emprendió á *caitazos* con otro de los de la rueda, hasta que á su vez fué despedido del pedazo de cuero. De cuando en cuando se suspendía el ejercicio para que los juga-

dores pudieran tomar sus copas de aguardiente, y luego continuaban con más empeño, estimulados por los efectos del alcohol, entre las risotadas de las mujeres, los alegres acordes de la música y los gritos de los niños que encontraban deliciosa aquella grosera jerigonza y que sentían no ser *grandes* para poder tomar parte en los juegos de las *velas*.

Yo me estuve por allá en un rincón, mirando con asombro todo aquello, y oyendo de boca de la mujer de Santiago, —que era la única que parecía sentir la muerte del hijo de sus entrañas, pues las madres en todos los tiempos y en todas las situaciones son siempre madres,—el relato de la enfermedad tan rápida que había destruido á aquel inocente.

"Si viera, don Serafín, me decía entre sollozos la pobre mujer; antier tuve que madrugar *muncho* porque tenía que ir al *yurro* á acabar de *sacar* un poco de ropa, y me llevé al *probecito* conmigo pa que no se quedara solo; lo envolví en una *chamarra* y lo acosté debajo de un *palo de zapote* mientras yo *aporriaba*. Al rato fui á *dale una vuelta* pa ver si estaba *descobijao* y me lo encuentro *tuitico amoratado*, tieso y *jela* como un granizo. Lo levanté del suelo, me lo puse en un *cuadril* y dije *patas pa que te quiero* y en dos *trancazos* lo *truje al rancho*. Santiago corrió á *trase* al *Dautor* Durán á la *ciuda*, pero cuando vinieron ya estaba *boquando*. El *Dautor* dijo que tenía tétano, le hizo *muchas diligencias*, pero *no hubo Dios modo de resgatalo* y en *seguidas* se *murió*.

Yo no puedo *conformarme*, don Serafín, con no ver más á mi *Damasio*, y me dan ganas de salir *juyendo* cuando Santiago por *consolame* me dice: —"pero, mujer, *no seas mala cristiana*, Dios te lo dió y Dios te lo quitó."

A las doce de la noche me retiré, y aquellos campesinos, medio borrachos ya, siguieron en su juego en honor del pequeño difunto. Cuando salía, ví al padre del *ángel*, ebrio por completo, empeñado en bailar un *suelto* con una su comadre muy *frescota* y muy *gruesa*, á la cual abrazaba y estrujaba con tenacidad.

Pero la segunda parte, ¡ah! esa sí fué gorda. Otro día me contaron el lance desgraciado con que terminó aquella *vela*. Cuando ya todos estuvieron beodos, comenzaron por disgustarse cuando les pegaban duro, y se decían injurias como templos. Uno de ellos, el menos cómodo para llevar golpes, se levantó de pronto, se quitó la chaqueta, se escupió las manos, desnudó la *cutacha* y se salió al patio de la casa. Una vez allí, lanzó un grito fuerte y prolongado que fué desvaneciéndose poco á poco hasta extinguirse en la garganta del borracho, al mismo tiempo que hacía sonar el acero de su cuchillo en el empedrado que despedía chispas. Al

oir este reto salvaje, todos quisieron levantarse á contestarlo, lográndolo unos, y otros cayendo acostados á la *larga* y quedando en el acto profundamente dormidos.

A los pocos minutos era el patio un campo de batalla. Entre maldiciones y conjuros se oían las palabras de estilo de "*Parate si sos gallo*", "*Yo me metero á los pies de un hombre*", "*A yo naide me avasalla*" y "*No tengas miedo que yo estoy temblando*"; y el rumor de estas frases, dichas en el colmo de la excitación bélica, era apagado por el ruido de los cuchillos de los contendientes al chocar unos con otros, y por el grito desesperado y feroz del que caía rugiendo: "*bandido, me mataste*".

La autoridad tomó cartas en el asunto,—como se dice vulgarmente,—como es costumbre, no para impedir el suceso con leyes sabias y benéficas, sino para castigar á los *malhechores* que, por lo demás, eran buenas personas, incapaces de haber causado daño á una mosca, á no haber tenido cada uno de ellos un litro de aguardiente "*entre pecho y espalda*" según el ingenioso decir de nuestra gente.

BILLO.

EN EL OTRO MUNDO

Tres golpecitos dados en la puerta celestial obligaron á San Pedro á levantarse de su asiento para dirigirle, malhumorado, á ver quién era el majadero que alegaba á turbar el divino silencio; y digo malhumorado en atención á que el viejo portero en tales momentos sólo pensaba en su buena ración de chocolate, que saboreaba con admirable exquisitez, y en su hermoso plato de *Jamón del Diablo* que, según propia manifestación, constituía para el anciano apóstol su felicidad completa, la incomparable delicia de su disgustado estómago que no cualquiera cosa recibía con agrado. Y...cabe aquí una observación: ¿no dicen que los santos nada quieren del demonio? ¡Y sin embargo, San Pedro se chupaba los dedos cuando comía *Jamón del Diablo*! También cabe y urge decir que á mí no me consta que el santo en cuestión efectuara sus comilonas, pues él nunca ha tenido á bien invitarme: ¡que si lo hiciera...vaya, de mil

